

MÉXICO, LA ALIANZA DEL PACÍFICO E IDENTIDAD LATINOAMERICANA. LECTURAS ENTRE EL REALISMO Y EL CONSTRUCTIVISMO*

“Quetzalcóatl y Corteses e Iturbides y Juárez y Porfirios y Zapatas, todos hechos un nudo en la garganta. ¿Cuál es nuestra verdadera efigie? ¿Cuál de todas?”

(Carlos Fuentes, La región más transparente)

Martín Páez Molina
Licenciado en Letras

Introducción

La problematicidad “latinoamericana” de México puede pensarse más allá de las coerciones geográficas y de su vasta frontera con los Estados Unidos. El asunto atañe tanto a su geopolítica como a la cuestión, más compleja aún, de su identidad nacional, entendiendo ésta como el sustrato de valores, aspiraciones e imaginarios que una sociedad o una porción considerable de ella, percibe como inherente a su devenir en tanto comunidad¹.

Vincular esto con la política exterior de México hacia América Latina, ciñéndonos con mayor detenimiento en la participación mexicana dentro del esquema regional de la Alianza del Pacífico -iniciativa que, en principio, comporta metas fundamentalmente de orden económico y comercial-, constituye el propósito de este trabajo.

Buena parte de la bibliografía que nutre este trabajo parte, de un modo más o menos explícito, más o menos programático, de enfoques teóricos que buscan complementar, y

* Trabajo realizado en el marco de la Maestría en Integración Latinoamericana, en la materia “Dinámicas Geopolíticas y Goeconómicas del Regionalismo Latinoamericano” a cargo de la Profesora Rita Ana Giacalone, del Instituto de Integración Latinoamericana, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales Universidad Nacional de la Plata.

¹ Por cierto, el problema de la “identidad” es harto discutible en tanto realidad empírica. Desde una visión que podríamos llamar posmoderna, más a tono con desarrollos recientes de la antropología y de las ciencias sociales, convendría más bien considerar la idea de “identidades” o pluralidad de representaciones. Sin embargo, no ahondaremos en esta cuestión y, a los efectos del presente trabajo, utilizamos esta definición algo utilitaria de identidad que, a fuer de ingenua, nos permitirá avanzar en los objetivos de nuestra argumentación.

aun superar, las hipótesis realistas o sistémico-realistas, en algunos casos para adentrarse en reflexiones de corte constructivista. Tal amplitud teórica, incluyendo epistemologías más asociadas a la tradición teórica latinoamericana como el autonomismo, y perspectivas clásicas en los estudios de integración como el intergubernamentalismo y el supranacionalismo, creemos conviene al abordaje de América Latina-problema para la política exterior mexicana. En particular, rescatamos artículos que, en pos de adensar paradigmas tradicionalmente enfocados en el juego de pesos y contrapesos del sistema internacional sobre la base de materialidades, buscan alcanzar respuestas a partir de la construcción identitaria y de narrativas que ponen de relieve la importancia de una dialéctica entre política exterior y doméstica.

Cabe aclarar, por último, que no todos los autores del corpus son mexicanos o provenientes de usinas académicas mexicanas, ni aun todos los artículos que reflexionan sobre la Alianza del Pacífico están originados en los países que conforman este mecanismo (Chile, Colombia y Perú, además de México). Tomamos tal diversidad de miradas como elemento enriquecedor del análisis, a condición de hacerlo siempre en función de una interpretación de las estrategias de la política mexicana hacia Latinoamérica que, a modo de anticipo del desarrollo que sigue, reconocen como constantes la ambivalencia, la flexibilidad y el pragmatismo.

I. Desfase y centro simbólico

Llama algo la atención que, como parte de ese todo indisociable americano que experimenta los embates aculturadores tras la llegada de Colón, como pieza inseparable de esa unidad histórico-geográfica-política que se extiende “del Bravo a Magallanes” - como escribió José Martí en *Nuestra América*-, la diplomacia mexicana se vea con recurrencia ante la necesidad de reiterar su “identidad latinoamericana” (González González y Velázquez Flores, 2013, p. 582) y hacer protestas del *orgullo* latinoamericano de México².

² “Somos un país orgullosamente latinoamericano”, dijo el presidente Felipe Calderón en su discurso ante la Reunión Anual de Cónsules y Embajadores el 9 de enero de 2007 (citado por González González y Velázquez Flores, *ibid.*). “Orgullosamente latinoamericano, México participa en la Cumbre de Jefes de Estado y del Gobierno de la CELAC”, dijo, a su vez, el presidente Enrique Peña Nieto, el 28 de enero de 2014, en La Habana (recuperado de <https://www.gob.mx/ejn/articulos/mexico-en-cuba-en-la-ii-cumbre-de-la-comunidad-de-estados-latinoamericanos-y-caribenos-celac>).

El gesto revela cierto grado de escrúpulo y de desfase, probablemente consecuencia de la posición de México en el extremo septentrional del mapa latinoamericano, de la vecindad de flujos (comerciales, culturales, tecnológicos) con la América desarrollada y de sus amplios litorales que miran tanto al Atlántico como al Pacífico.

Desde posiciones teóricas próximas al realismo, González González (2008, p. 115) sostiene que “a diferencia de Brasil, (México) ha sido una potencia media ambivalente y errática en América Latina”. Y, sin embargo, “América Latina ha sido una obsesión recurrente y una constante en el imaginario discursivo de la diplomacia y la identidad nacional mexicana” (p. 116), algo así como “su centro simbólico” (p. 116.).

La autora cita un texto de Daniel Cosío Villegas, notable intelectual mexicano del siglo XX, fundador del Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, quien a propósito de la Doctrina Estrada -instrumento clave de la cancillería mexicana durante casi 70 años, que consagra el derecho de autodeterminación y no injerencia en asuntos de otros países-, dijo que en América Latina “los intereses de México son sobre todo sentimentales, o cuando más de prestigio, es decir, lo que menos cuenta en la *Realpolitik* internacional” (p. 117). Por lo cual, el comportamiento inconsistente de México en la región “puede explicarse más por factores ideológicos, de identidad nacional y cultura política que por los datos duros de la estructura de poder y los requerimientos de desarrollo económico” (p. 117-118).

Y añade: “... el discurso de la fuerte identidad y la vocación latinoamericana de México contrasta con el alcance real de las acciones desplegadas en la región y de los recursos invertidos para empujarlas” (p. 118).

El texto citado de Cosío es de 1965, en plena Guerra Fría y con un escenario de bipolaridad que alentaba tesis realistas. Con todo, fuera de *los datos duros de la estructura de poder*, deja abierto un ancho campo de intervención cultural que el propio Cosío supo explotar al mando del FCE, casa que de algún modo quiebra al promediar los años 30, el “eje Madrid” de la cultura en lengua española. En torno a su figura, y en particular alrededor de la colección “Tierra Firme” lanzada a mediados de los ‘40, se genera “un proceso de unificación simbólica del mundo intelectual y editorial de América Latina” (Sorá, 2000, p. 538). Al cabo de los sucesivos títulos de la colección se comienza

a reflexionar sobre “el lugar de las prácticas editoriales en la cristalización de representaciones primordiales como América, América Latina, Sur” (p. 538.).

Confróntese este ejemplo con iniciativas editoriales que le fueron contemporáneas, como la revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo y su regodeo cosmopolita y franco-anglófilo. Se podría verificar, en tal cotejo, las diferentes resonancias y significaciones que adopta el “sur” en una y otra vanguardia, mexicana y argentina. Desde luego, no es una contraposición entre países, sino entre proyectos de elites. De hecho, “Tierra Firme” se erige sobre un eje de colaboración México-Buenos Aires. En México mismo, en la balzaciana *la región más transparente*, de Fuentes -texto señalado como aquel que pone fin al ciclo de la “novela de la Revolución Mexicana”-, vemos entramados junto a personajes de inequívoca factura campesina e indígena, otros de la antigua oligarquía desposeídos por la Revolución, como también de la emergente burguesía, hija de la industrialización y del frenesí urbanizador. Mientras, el europeísmo tampoco es privativo de las elites rioplatenses, siendo que México, desde el Porfiriato, se recostó sobre Europa para contrapesar el abrumador vecindario norteamericano y confiarle el financiamiento de su proceso modernizador (González González, p. 117).

Una aproximación constructivista al problema de la identidad latinoamericana de México, con el acento puesto en este acervo de narrativas y disputas de hegemonía cultural, conduce inevitablemente al ámbito doméstico donde operan fuertemente tales discursos.

Distanciándose explícitamente del enfoque “neorrealista”, Cascante Segura (2014) alienta la exploración de los efectos que la agenda internacional de los gobiernos busca provocar en el ámbito interno. Tomando desarrollos de autores como Putnam, Fearon y Piattoni, sostiene que relevar la complejidad del ámbito de los procesos internos “ha sido la respuesta para comprender posiciones disímiles e incluso comportamientos poco comprensibles en los espacios internacionales” (p. 36).

El autor no se refiere puntualmente a México, pero su análisis confiere alta sugestión explicativa a la mencionada inconsistencia de la política mexicana hacia América Latina y al hiato entre discurso identitario y *alcance real* de las acciones y recursos invertidos en la región.

En el plano teórico, cuestiona las teorías realistas “que sobreponen el pragmatismo geopolítico ligado a la omnipresencia del Estado a los componentes psicológicos y axiológicos del comportamiento de las personas y grupos que actúan internacionalmente” (ibíd.).

“Desde esta línea de estudio, la construcción de la identidad y la política exterior componen una relación dialéctica, que contiene tres perspectivas: a) la política exterior como reflejo de la identidad nacional; b) la política exterior como instrumento para la construcción de la identidad nacional y c) la política exterior y la construcción del rol internacional del Estado” (ibíd.)

En igual sentido, Theone, Cuestas Zamora y Londoño (2017) destacan que:

“En las dos últimas décadas los estudios constructivistas dan cuenta del fenómeno de la integración, explicándolo a partir de la existencia de una conciencia e identidad institucionales que fundamentan la pertenencia a una comunidad regional particular que se construye gracias a la conexión política, cultural o lingüística entre Estados que no necesariamente comparten fronteras territoriales”(p. 93).

Y realzan el aporte de esta perspectiva teórica en el sentido de que “los factores identitarios son claves para la emergencia de procesos de integración como el resultado de una construcción social de los agentes estatales” (p. 102).

II. Expansiones y repliegues: racconto histórico

Con la Revolución Mexicana, “por primera vez, América Latina adquiere un lugar central en la política exterior mexicana” (González González, p. 117). Los gobiernos que ponen en marcha el proyecto de la Revolución, principalmente durante el sexenio de Lázaro Cárdenas (1934-1940 que instituye la reforma agraria y la nacionalización del petróleo, entre otras medidas radicales), encaminan sus aparatos diplomáticos a obtener solidaridades en la región, “como espacio natural de su nacionalismo” (ibíd.).

De acuerdo con González González y Velázquez Flores (2013), durante los casi setenta años que gobernó el Partido Revolucionario Institucional, México utilizó la región para dos propósitos fundamentales:

“El primero era contrapesar el intenso vínculo con Estados Unidos y mostrar una autonomía relativa en su política exterior” (...) El segundo (...) para obtener legitimidad interna. En efecto, el PRI utilizaba a América Latina como mecanismo para obtener la legitimidad democrática que no había logrado en las elecciones. Asimismo, México desplegaba una política exterior cordial y de liderazgo frente a América Latina para satisfacer a los grupos nacionalistas que demandaban una buena relación con la región y una política de independencia frente a Estados Unidos” (p. 576).

Un caso que ilustra este posicionamiento es la política de México hacia la Revolución Cubana, sobre todo a partir de la instauración de un régimen socialista en la isla, con apoyo de la Unión Soviética, en pleno clímax de Guerra Fría. En 1964, México fue uno de los pocos países en el marco de la OEA, en votar en contra de la propuesta estadounidense de romper relaciones diplomáticas con La Habana.

No obstante, con la institucionalización de la Revolución Mexicana y el nuevo proyecto de modernización económica, “el activismo latinoamericano de México perdió su principal razón de ser y a partir de los años cuarenta, México se replegó” (González González, p. 117). Sin embargo, como se mencionó en el caso de la experiencia del FCE, la dinámica de proyección e intercambio entre México y América Latina se mantuvo activa por andariveles no necesariamente estatales y sí por medio de la gestión de proyectos culturales, sociales y de filiación de autonomías universitarias, con respaldo o anuencia de la burocracia priista, al menos hasta el “giro a la derecha” del gobierno en 1965 (Sorá, p. 565).

En 1967, el gobierno del presidente Díaz Ordaz, de fuerte impronta autoritaria y represiva en la política doméstica, se muestra, en cambio, activo y progresista hacia el espacio regional, acogiendo el cónclave que culmina con la firma del Tratado de Tlatelolco, primero en su tipo en el mundo que establece la desnuclearización dentro del territorio de América Latina y el Caribe. El documento, que se lee como respuesta regional a la Crisis de los Misiles en Cuba, que involucró a Estados Unidos y la URSS, contó con el apoyo de veintiún países latinoamericanos y caribeños signatarios.

En los '70, con la crisis petrolera y el efímero auge petrolero mexicano, surgen condiciones para un reimpulso a la política activa hacia América Latina. Esto se pone de

manifiesto al comenzar la década del 80, cuando México y Venezuela propician el llamado Acuerdo de San José para el aprovisionamiento de crudo a precios subsidiados a los países de la Cuenca del Caribe. En esos primeros años de la década, en tanto, comprendiendo las presidencias de José López Portillo y Miguel de la Madrid, México impulsa instancias multilaterales latinoamericanas para la contribución a una gestión regional y autonómica de problemáticas sensibles a la geopolítica mundial como la creación del Grupo de Contadora (junto a Colombia, Venezuela y Panamá) para la pacificación de Centroamérica.

Hasta aquí se puede establecer una primera etapa de la política exterior latinoamericana de México en el siglo XX. El transcurso de la década del 80 depara la crisis de la deuda en 1982 (que inmediatamente se propaga al resto de la región), el terremoto sobre la ciudad de México en 1985, el ingreso del país al GATT en 1986 y el inicio de las negociaciones para sumar al país al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), con Estados Unidos y Canadá, en 1990. La decisión en 1986 de incorporar a México a las rondas de negociación internacional del comercio, en el marco del GATT, puede tomarse como emblema del viraje estratégico en tanto el país deja de mirarse fronteras adentro y comienza a ensayar una nueva fórmula de relacionamiento externo.

En los '90 entra en crisis el modelo diplomático de "nacionalismo defensivo y contrapeso diseñado por los gobiernos de la post Revolución Mexicana" (González González, p. 116) y América Latina deja de ser el espacio prioritario de proyección internacional de México. Tras la firma del TLCAN, se observa "cierto resentimiento entre los países de América Latina" (González González y Velázquez Flores, p. 577), no obstante lo cual el país mantiene su participación en mecanismos de concertación política regional (como el G3 o el Grupo de Río) y logra salvar su membrecía en la ALADI, pese a las incompatibilidades por preferencias cruzadas tras la firma del TLCAN³.

En tal sentido, el artículo de González González previene del simplismo de algunos enfoques sistémicos del realismo político, argumentando que ni durante la Guerra Fría, y especialmente en los años 70-80, la política exterior mexicana tuvo un sesgo

³ Sobre el intrínquilis jurídico y de derecho comercial internacional que abre la decisión de México de firmar el TLCAN y el modo como se resuelve, véase el estudio de Waldemar Hummer y Dietmar Prager, **GATT, ALADI y NAFTA. Pertenencia simultánea a distintos sistemas de integración**, 1998, Editorial Ciudad Argentina, Buenos Aires.

marcadamente latinoamericanista y antiestadounidense, ni en los '80-'90 se verificó el signo contrario. Si bien el fin del bipolarismo redujo los incentivos para una política activa en Latinoamérica, la autora sugiere que "se abrieron espacios de cooperación que antes no existían" (p. 122), en materia de derechos humanos, lucha contra el narcotráfico y acuerdos comerciales, entre otras áreas. También propone una tipología, complementaria del realismo, para periodizar el menú de opciones de México como potencia intermedia en el concierto latinoamericano: contrapeso defensivo (1945-1970), contrapeso activo y liderazgo regional (1970-1990), mediador, puente y bisagra (1990-2001) y constructor y defensor de reglas e instituciones multilaterales (2002-2006).

De todos modos, subraya que en estas seis décadas se pueden observar patrones de comportamiento recurrentes: en primer lugar, todo acercamiento o frialdad hacia América Latina se hizo siempre mirando de reojo a Estados Unidos; y, en segundo lugar, la inconstancia y selectividad por parte de México hacia América Latina (*selectivo* en el sentido de carencia de una mirada regional integral, casi siempre con un interés puesto en el contexto geográfico cercano -Centroamérica y el Caribe- y afinidades electivas dentro de Sudamérica, como se constata después en la Alianza del Pacífico).

"El núcleo del problema estratégico para México, resultado de la geografía y de la asimetría de poder, ha sido conciliar el imperativo de mantener una relación constructiva con Estados Unidos indispensable para el crecimiento económico y la estabilidad política del país, con el objetivo de garantizar la capacidad para definir conforme a criterios propios, el contenido de los intereses nacionales y de las políticas gubernamentales tanto en lo interno como en lo internacional" (González González, p. 124).

De acuerdo con Romero León y Lascurain (2017), llevó casi una década dismantelar el modelo de capitalismo keynesiano y la implantación de un modelo neoliberal, atento a las condicionalidades que impuso el Fondo Monetario Internacional para la integración del país a la economía global de mercado y el cumplimiento de los compromisos de repago de la deuda.

Ello no impidió una todavía fuerte oposición de sectores políticos, sociales y económicos, renuentes o directamente afectados por las prerrogativas de competitividad que había

implicado “la entrada en vigor del libre comercio” (p. 35), y que acabó por horadar las bases históricas de sustentabilidad del PRI.

III. Reposicionamiento en la fragmentación: El sexenio de Calderón (2006-2012)

El comienzo del nuevo siglo trae como novedad el relevo del poder del PRI luego de siete décadas de monopartidismo. El nuevo agrupamiento que accede a la máxima jefatura del país, el Partido de Acción Nacional (PAN), presenta un programa de gobierno francamente neoliberal y, en política exterior, de alineamiento con Estados Unidos.

El primer turno panista, bajo la presidencia de Vicente Fox (2000-2006), representó un cimbronazo para el tradicional posicionamiento de México hacia América Latina y un pase a museo de la vieja Doctrina Estrada. El abandono de las banderas de no intervención, igualdad jurídica de los Estados y solución pacífica de las controversias, llevó al nuevo gobierno mexicano a colisionar con países como Venezuela y Argentina, que tras el colapso neoliberal del entre siglo comenzaban a ensayar modelos económicos distributivos y políticas exteriores que reivindicaban una reserva de autonomía, y con la misma Cuba, después de décadas de sintonía de los gobiernos del PRI. Por otra parte, la administración de Fox jugó fuerte a favor de Estados Unidos en la finalmente frustrada negociación por el ALCA y cerró el sexenio con varios frentes bilaterales deteriorados y parado incontestablemente de un lado de la contienda ideológica que dividía a la región, entre países liberalizadores y pro mercado, y aquellos menos confiados en la dinámica de la economía global y a favor de articulaciones regionales soberanistas (con la creciente influencia del Brasil de Lula y la radicalización del “socialismo del siglo XXI” de la Venezuela de Chávez).

A diferencia de su antecesor, que alcanzó la presidencia con un triunfo electoral holgado y un escenario hemisférico liderado por un mandatario estadounidense (el republicano George W. Bush) que demandaba férreos comportamientos de aliado en su cruzada contra el terrorismo post 9/11, Calderón accede a la presidencia con un triunfo exiguo y judicializado y bajo el liderazgo norteamericano del demócrata Barack Obama, con una política de “desinterés benévolo” (González González y Velázquez Flores, p. 615) hacia América Latina, que no requería ya de gestos diplomáticos ostensibles y proactivos. Estas condiciones alientan una política exterior discreta y profesionalizada, orientada a

“restablecer y administrar las relaciones con América Latina y el Caribe en un complejo contexto de fragmentación regional” (p. 573).

En el plano de la política doméstica, se trató de “evitar que los asuntos de política interna contaminaran las relaciones exteriores y, a su vez, que las diferencias político-ideológicas con otros países polarizaran aún más la situación política interna y el conflicto con los partidos de izquierda” (p. 586), liderados por el candidato que había quedado en el umbral del triunfo, Andrés Manuel López Obrador.

Según apuntan los autores, el sexenio de Calderón exhibe una relativamente baja convergencia político-ideológica y heterogeneidad de modelos de inserción internacional con muchos de los gobiernos progresistas de la región, algo que fue atenuándose hacia el final del período, con el relevo de Lula y la enfermedad de Chávez. Aun en las diferencias, el gobierno mexicano logró recomponer las relaciones diplomáticas con Venezuela, que en 2005 había retirado a su embajador de México, y con Cuba, con cuyo gobierno logró avanzar en un memorándum de entendimiento para atender problemas de migración ilegal de cubanos que pasaban por territorio mexicano para llegar a Estados Unidos. Con todo, las relaciones con Caracas y La Habana se mantuvieron frías y distantes. Con Argentina y Brasil también se limaron asperezas, lo cual derivó en 2007 en la visita de los presidentes Kirchner y Lula a México. Especialmente significativo fue el gesto del mandatario brasileño, por su peso simbólico en la izquierda latinoamericana, y el espaldarazo que representó para un mandatario mexicano que aún purgaba en su propio país la condena de deslegitimación por un proceso electoral tachado de irregular. No obstante, no se pudieron profundizar en este período los acuerdos comerciales bilaterales, en particular para el sector automotriz, algo que Calderón se había propuesto desde el inicio de su mandato. También con Chile, el futuro socio de la Alianza del Pacífico, se pudo enderezar la relación luego de un desafortunado incidente diplomático protagonizado por el gobierno de Fox quien, a último momento había retirado su apoyo a la candidatura del chileno José Miguel Insulza como secretario general de la OEA, y promovido para ese cargo al secretario de Relaciones Exteriores, Luis Ernesto Derbez. El episodio produjo una pérdida de prestigio de México en la región.

La recomposición de estos vínculos, casi a modo de orfebrería diplomática, debe entenderse en el marco de una estrategia más amplia de México por diversificar los

mercados para sus productos exportables y reducir la dependencia con Estados Unidos, en un contexto de fuertes tendencias proteccionistas y de crisis económica internacional. Desde la perspectiva de la política de comercio exterior de la administración de Calderón, “América Latina debía representar un papel prioritario por tratarse de un mercado natural para las exportaciones mexicanas y por el hecho de ser la segunda región más dinámica del mundo después de Asia” (p. 595).

Si en general para México las consideraciones de índole política, geopolítica y simbólica habían prevalecido históricamente en su posicionamiento hacia América Latina, la emergencia de la crisis y el estancamiento de sus principales socios del norte hizo volver la mirada al sur con un renovado énfasis geoeconómico.

La diversidad y heterogeneidad de proyectos y modelos de inserción internacional, junto al “álvido debate regional en torno a los beneficios de la globalización y la democracia liberal” (p. 581), sin embargo, volvió a activar en México sus afinidades electivas. Como señalan González González y Velázquez Flores,

“la diversidad de modelos de desarrollo no significó que se hubieran cerrado los espacios para el avance de la integración regional por medio de esquemas diversos con distintas velocidades y direcciones diferentes. De hecho, esta diversidad le abrió a México ciertos espacios cuyo aprovechamiento exigía la adopción de un esquema flexible y selectivo hacia la región. Frente a este contexto, el principal desafío para México consistía en cómo mantener y ampliar su presencia en América Latina mientras avanzaba y se profundizaba la subregionalización” (p. 581-582).

Si algo del activismo latinoamericano de los ‘70-‘80 se mantuvo en los años de Calderón, éste se centró en la agenda comercial y en la determinación, cauta y gradual, de favorecer la creación de “una nueva arquitectura multilateral en la región” (p. 587).

IV. México y la Alianza del Pacífico

Si bien el impulso integracionista de México hacia posibles socios del Pacífico se remonta a 2007 con la iniciativa del Arco del Pacífico Latinoamericano, no es sino hasta 2011, hacia el final del sexenio de Calderón, cuando se formalizó el lanzamiento de la Alianza en un contexto regional todavía crispado, con la proyección creciente de Brasil sobre

Sudamérica, a través de la UNASUR, y el alto perfil de la diplomacia bolivariana por medio del ALBA.

No es llamativo, así, que las primeras lecturas que surgen tras la presentación de la AP hayan estado marcadas por coordenadas realistas y prismas agónicos en la región. Goulart y Pinheiro (2016) sostienen que, en Brasil, la aparición de la Alianza en el escenario latinoamericano fue asimilada en dos tiempos. En un primer momento, de 2012 a 2014, el novedoso instrumento se vio como “um contraponto direto ao Mercosul” (p. 139) y “um desafio geopolítico, uma vez que o forte patrocínio dos Estados Unidos à esta iniciativa poderia dificultar a construção de um espaçosul-americano mais integrado comercial e economicamente, como almejava o Brasil” (p. 140).

Resultó inevitable, de ese modo, interpretar a la flamante alianza como una reminiscencia del viejo proyecto del ALCA y, por consiguiente, como una amenaza a la autonomía de la región (p. 141). Esto fue así, según los autores, hasta la asunción de Michelle Bachelet como presidenta de Chile, en marzo de 2014, que desde el inicio de su gestión desestimó toda idea de “contrapeso” y, en cambio, impulsó una agenda de acercamiento y convergencia con otros espacios regionales, comenzando por el Mercosur. Este segundo momento de recepción de la AP se reforzó en julio de 2014, con la propuesta de la presidenta brasileña, Dilma Rousseff, ante sus socios del Mercosur, de impulsar acuerdos de libre comercio con Chile, Perú y Colombia.

Sin embargo, aquellas primeras lecturas realistas tuvieron perdurabilidad. Theone et. al (2017) plantean que:

“a través de este bloque regional, países como Colombia y Chile -hasta ahora con un rol intermedio en Sudamérica- pretenden disputar el liderazgo de Brasil expresado a través del Mercosur, a lo que se suma la presencia de una potencia regional externa como México que busca influir en las dinámicas continentales mediante una estrategia de contrapeso o softbalancing (...). En esa medida, la proyección regional de Brasil es una amenaza que debe ser ‘securitizada’ para garantizar la inserción internacional de los miembros de la AP” (p. 96).

De los cuatro Estados parte, México es el que se muestra con perfil más bajo, acaso por aquella diplomacia de pinzas hacia América Latina que caracterizó a la presidencia de

Calderón. Parece claro que toda proyección sudamericana de este país activa “la dinámica de rivalidad tácita” con Brasil (González González y Velázquez Flores, p. 607). En la óptica de Theone et. al, mientras que para Perú y Colombia la creación de la Alianza supone una salida a la ralentización de la Comunidad Andina de Naciones (CAN) y, para Chile, la posibilidad de potenciar su economía volcada al comercio internacional, para México la AP llevaría a “reafirmar sus intenciones de liderazgo en Sudamérica” (p. 102).

Considérese, además, que para este país la Alianza representó la oportunidad de no quedar afuera de las instancias de interlocución y concertación latinoamericana, tras su fugaz protagonismo en la gestación de la CELAC en 2010, muy pronto diluido por la eficacia retórica de Venezuela y Brasil y a costa de la pérdida de un mecanismo regional que se había probado perseverante, como fue el Grupo de Río.

Pero más allá de estas lecturas impregnadas del imaginario y del instrumental hermenéutico propio del realismo, la Alianza del Pacífico ha sido analizada desde otras perspectivas. De acuerdo con González González,

“El núcleo del interés mexicano en Latinoamérica ha combinado el realismo político con un fuerte componente ideológico de identificación cultural con los países latinoamericanos construido sobre el origen histórico común, la experiencia similar de subordinación internacional y las aspiraciones compartidas de desarrollo económico y social” (p. 139).

Esto puede verificarse en el caso de la AP y, más precisamente, en la decisión estratégica de México de sumarse a una iniciativa con las características de la AP. Tales rasgos, que trasponen o completan la perspectiva realista y, en algunos casos conectados con miradas constructivistas que ponen el acento en lo identitario, pueden operar en al menos estos tres planos de análisis:

- 1) La Alianza del Pacífico como herramienta de cooperación, en el marco de los esquemas Sur-Sur;
- 2) Como instrumento legitimador y cohesionador interno de los Estados parte;
- 3) Como diseño integracionista “propiamente latinoamericano” y actualizador de viejos desarrollos teóricos surgidos en la región en torno a la autonomía.

El primer punto es desarrollado por Vargas-Alzate (2019). De acuerdo con el investigador, si bien la AP se diseñó sobre fundamentos económicos y comerciales, “su desarrollo ha permitido encontrar unos matices de trabajo conjunto, susceptibles de leerse desde los postulados de la actual categoría de la cooperación internacional denominada Sur-Sur” (p. 176).

Para el autor, “el mecanismo ha logrado un nivel que supera la idea inicial, y los temas de cooperación se hacen cada vez más presentes arrojando resultados favorables para algunos sectores de las sociedades involucradas” (p. 189). Y arriesga: “... el comercio es visto como una excusa que permite avanzar en temas que no se visualizaron al pensar en los orígenes de la Alianza” (p. 192).

Los campos que hasta el momento se han mostrado productivos para la cooperación en el marco de la AP y que concitan la participación creciente de actores no estatales, son el turismo intra-Alianza, las ruedas de negocios, el sistema de becas e intercambios universitarios, entre otros. Y como desafíos hacia adelante, apunta el autor, se cuentan la cooperación pesquera, la investigación científica, la lucha contra las drogas y el crimen transfronterizo y el cambio climático.

“La afinidad política de los Estados miembros se convierte en una fortaleza frente a los temas colaborativos” (p. 188), afirma Vargas-Alzate.

También Theone et. al. coinciden en señalar que la estrategia flexible, despolitizada y desinstitucionalizada de la AP favorece un modelo de cooperación internacional que propugna “una simetrización interregional” (p. 101).

En cuanto al segundo punto, Cascante Segura analiza el discurso contenido en las declaraciones de la AP en forma contrastiva con lo que sería su “adversario ideológico”, el ALBA. Destaca la primacía de los contenidos económicos y, “frente a “la parafernalia lingüística propia de los documentos del ALBA” (p. 41), la AP opone la concisión y precisión del lenguaje técnico, ligado mayormente a conceptos del comercio y de la integración económica, “lo cual no necesariamente implica la eliminación de objetivos ideológicos” (ibíd.).

Como se dijo, mediante un enfoque imbuido de aportaciones y evidencias de teóricos ligados al “juego de dos niveles”, el autor sostiene que “el discurso económico en la política exterior asume la función de legitimador del modelo económico interno”. Y cita estudios para el caso de México, según los cuales “los discursos sobre apertura comercial son muy aceptados por los habitantes de ese país, asimismo, permiten construir en la mayoría una esperanza de bienestar personal que permite justificar la profundización del modelo” (p. 42).

Igualmente, en sociedades tan polarizadas como las nuestras, debe matizarse lo anterior con una idea más general de empleo del discurso internacional, en tal caso, para la gestión del conflicto interno.

El tercer y último plano analítico se refiere al diseño idiosincráticamente latinoamericano de la AP. Romero León y Lascuraín, en una visión optimista, consideran la Alianza como un instrumento idóneo de “federalismo regional” (p. 39) para una progresiva convergencia en la globalización y la gobernanza multilateral. Su composición homogénea daría a la iniciativa un carácter vernáculo:

“...la suma de todos los componentes de la Alianza del Pacífico representa una interesante concordancia de las cuatro naciones, en cuanto a complementar sus propias capacidades e intentar crear un eficiente corredor comercial vía Pacífico. Lo positivo que se puede encontrar en esta iniciativa es que es de naturaleza propiamente latinoamericana, sin una competencia desleal o desproporcionada” (p. 35).

Por otra parte, en una reformulación de las teorías de la autonomía latinoamericana de las décadas del 70 y 80 (que a su vez actualizaban las tesis dependentistas de los 60), la Alianza del Pacífico se concibe como “un intento de diversificación de la política exterior” (Theone et. al., p. 100), frente a una región asiática devenida en el núcleo dinámico del comercio mundial y una reducción de la supremacía estadounidense. Para el caso específico de México, la AP significaría así un regreso *aggiornado* del recurso de utilizar América Latina como contrapeso de la potencia colindante.

Según esta mirada, el proyecto “constituye un modelo autonomista en la medida que pretende evitar que la potencia hegemónica imponga sus condiciones sobre el conjunto

de miembros del mecanismo, sin que ello se traduzca en un menoscabo a su cordial relación ideológico-política” (ibíd.).

Y si bien los autores previenen que el modelo puramente intergubernamental y la ausencia de órganos comunitarios puedan revertir o neutralizar avances del esquema producto de una sola decisión política, destacan que las instancias de diálogo y cooperación “son la base social con la cual se construye, reconstruye o deconstruye un proceso de integración, de cara a ofrecer respuestas a las demandas del sistema internacional contemporáneo” (p. 106).

Conclusiones

En el desarrollo precedente, se ha tratado de problematizar la “latinoamericanidad” de México, tomando en cuenta una multi-dimensionalidad de factores geográficos, geopolíticos, económicos y culturales, así como su relación con el problema de la identidad nacional que trajeron aparejados los procesos de modernización, en orden al diseño de estrategias de política exterior y modalidades de inserción internacional.

Se buscó argumentar en dirección a una combinatoria de perspectivas, tanto realistas como constructivistas, sin descartar otras preferentemente de acuñación latinoamericana, que permitan una mejor comprensión del objeto y una disponibilidad mayor de herramientas hermenéuticas y metodológicas.

La Alianza del Pacífico, uno de los hitos del regionalismo latinoamericano del siglo XXI, fue analizada tanto como avatar dentro de la evolución histórica de la política exterior de México hacia América Latina y el mundo, como en un sentido inmanente a partir de sus rasgos y potencialidades específicas.

Al considerar los tres planos de análisis propuestos, podemos concluir que la AP brinda a México la posibilidad de abrir espacios de cooperación con países cultural e históricamente hermanados que trasciendan los designios económicos fundantes del mecanismo y escapen al encorsetamiento de las pugnas de poder regional. El pragmatismo, la selectividad y la flexibilidad que han adoptado las políticas exteriores mexicanas en las últimas décadas encontrarían funcional, así, la baja institucionalidad de la iniciativa. En tanto, abrir espacios amplios de cooperación en temas de alta sensibilidad

social permite canalizar inquietudes e intervenciones de actores no estatales que adensen el proyecto de integración.

Por otra parte, la internacionalización de un discurso de aperturismo comercial, de desapego a todo exceso retórico y de reivindicación de las oportunidades de la globalización (el Pacífico como promesa moderna de riqueza), apunta a cohesionar narrativas que impactan en el ámbito interno del país y buscan granjear legitimidad a los modelos de desarrollo propuestos. El juego de doble nivel entre la política exterior y la política doméstica ha sido una constante en México, desde los años de la hegemonía del PRI, donde las narrativas nacionalistas e industrialistas buscaron obtener los mismos objetivos legitimantes, acaso con signo ideológico opuesto.

Finalmente, el componente idiosincrático latinoamericano de la AP entronca con viejos afanes de autonomía en la región que en México, salvo alguna intercalación de satelismo automático, han tenido centralidad en sus políticas exteriores, particularmente en su íntima y asimétrica relación con Estados Unidos.

Bibliografía

Cascante Segura, C. H. (2014). Entre bloques y discursos: los procesos de alianza y disputa en América Latina. En W. Soto Acosta (Ed.), *Política internacional e integración regional comparada en América Latina* (p. 35-44). Universidad Nacional de Costa Rica; FLACSO Costa Rica, San José

González González, G. (2008). México en América Latina: entre el norte y el sur o el difícil juego del equilibrista. En R Lagos (comp), *América Latina: ¿integración o fragmentación?* (p. 115-144). Edhasa,

González González, G. y Velázquez Flores, R. (2013). La política exterior de México hacia América Latina en el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012): Entre la prudencia política y el pragmatismo económico. *Foro Internacional*, 53(213/214), 572-618. <https://forointernacional.colmex.mx/index.php/fi/article/view/2160/2150>

Goulart Menezes, R. y Pinheiro de Azevedo Banzatto, A. (2016). *Brasil e Aliança do Pacífico: resistência, aproximação e acomodação. En A. Servin, L. Martinez, H. Ramanzini Junior y A. Servin Point (Coors), América Latina y el Caribe frente a la encrucijada actual de la globalización Anuario de Integración N° 13* (p. 134-146). CRIES

Fuentes, C. (2008). *La región más transparente* (Edición conmemorativa): Real Academia Española; Asociación de Academias de la Lengua Española,

Romero León, D. A. y Lascurain Fernández, M. (2017). La Alianza del Pacífico. Un acercamiento hacia un modelo propio de América Latina. *En J. U. Mora Mora, y Osorio-Caballero, M. I. (Comp), La Alianza del Pacífico: Nuevos retos e implicaciones para Latinoamérica (pp 31-49). Pontificia Universidad Javeriana*

Sorá, G. (2010). Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme. En C. Altamirano, (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina (Vol. II) Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Katz, Buenos Aires y Madrid.

Thoene, U., Cuestas Zamora, E. J. y Londoño, M. C. (2017). La Alianza del Pacífico y el regionalismo latinoamericano: En búsqueda de una revitalización autonomista de la integración. *Análisis político, (88), 91-110.*